

Título del proyecto: *“Caracterización y efectos psicosociales de las muertes violentas de jóvenes en las poblaciones urbanas de extrema pobreza: una perspectiva biográfica en los contextos de las sociabilidades juveniles”*

Autor: Alejandro Marcelo Villa

Lugar de realización del estudio y período: Ciudad Autónoma de Buenos Aires, años 2014-2016

Dedicatoria: el estudio está dedicado a todos los familiares y jóvenes allegados a jóvenes muertos que participaron del mismo; quienes valientemente y con mucho esfuerzo decidieron hacer público y compartir el dolor con nosotros. Un compartir para que se pueda empezar a poner en palabras y hablar a la sociedad de las muertes silenciadas que ocurren cotidianamente.

Índice:

Resumen-----	2
Introducción-----	3
Materiales y métodos-----	12
Resultados-----	15
Discusión, Conclusiones y Recomendaciones-----	27
Bibliografía-----	33
Anexos (se adjuntan en archivos aparte)	

Resumen

El proyecto se propuso como objetivos generales, a) Realizar un relevamiento y mapeo social de las características de las muertes de jóvenes entre 15 y 24 años en el contexto de las sociabilidades barriales de las Villas de Emergencia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA); focalizando los homicidios entre jóvenes, b) Describir y explorar los costos biopsicosociales asociados a muertes de jóvenes en situaciones de violencia interpersonal entre pares. Se realizó un estudio cualitativo descriptivo y exploratorio. Se utilizan como técnicas la entrevista semiestructurada y la confección de relatos biográficos; de jóvenes muertos, producidos por sus familiares; y de jóvenes amigos de pares muertos. Como fuente complementaria se utilizan datos demográficos secundarios.

Resultados: la experiencia de los familiares y de los amigos de los muertos puede explicarse por tres contextos de la misma: 1- Una delimitación y restricción de las relaciones sociales y la circulación por el barrio, en función de los vínculos entre allegados a las redes sociales de las víctimas y las de los agresores; 2- Los pensamientos y las categorías morales utilizadas por los actores para establecer argumentos frente a la muerte del joven; 3- El dolor y un proceso de desintegración del yo, que ocasiona la muerte violenta en los actores.

Se propone discutir que la posibilidad de los actores de realizar el trabajo que imponen los contextos de la restricción y reordenamiento de las relaciones sociales tras una muerte, y de producir juicios y pensamientos que expliquen la violencia que desencadena la muerte, depende de las características del trabajo de subjetivación del dolor; el que comprende: una distinción y separación entre lógicas de lucha por el reconocimiento identitario juvenil, basadas en la violencia y la muerte; y un reconocimiento corporal y social del dolor.

Introducción

Un conjunto de documentos destacan la magnitud de la violencia juvenil en la región latinoamericana, así como la creciente presencia de las muertes de jóvenes por causas violentas. Allí se destacan una serie de problemas: el “debilitamiento de los mecanismos formales e informales” de protección social de los jóvenes; un “exacerbamiento de las diferencias generacionales”; “una sensación de exclusión social”, caracterizada por distintas formas de violencia física y simbólica hacia ellos; un aumento de los homicidios juveniles masculinos (CEPAL, 2008).

La región latinoamericana presenta las tasas más altas de muertes violentas del mundo (Spinelli *et al*, 2005). Las víctimas de la violencia homicida en América Latina, son fundamentalmente varones jóvenes y pobres; y el homicidio se constituye en la primera causa de muerte en jóvenes en América

Latina; llegando la proporción en Argentina, a una de cada cinco muertes (Briceño León, 2008).

Para explicar esta situación, algunos estudios se proponen vincular la violencia interpersonal y las muertes de jóvenes con un conjunto de fenómenos sociales que acontecen a nivel regional: las condiciones de desigualdad social junto al desempleo de los jóvenes; la pérdida de control de la familia sobre la socialización de los/as jóvenes, las expectativas de consumo y condiciones materiales desiguales, la organización territorial de las ciudades donde se concentra la pobreza con alta densidad poblacional; y los patrones de violencia masculina como mecanismo de género en tanto modo de obtención de prestigio social (Briceño-León, 2008) .

Un estudio ha destacado que en la Argentina, para el año 2011, el 60 % de la mortalidad de adolescentes entre 10 y 19 años, se produjo por causas externas. Al analizar la “morbilidad adolescente por agresiones” en la Provincia de Buenos Aires, este estudio estima que se producen diez ataques que requirieron internación hospitalaria por cada adolescente que termina en muerte (Pantelides et al, 2014).

En la Argentina, son escasos los estudios específicos que profundicen en las condiciones psicosociales en que se produce la violencia interpersonal y la muerte entre jóvenes.

Un estudio reciente sobre los homicidios dolosos en la CABA, realizado por la Corte Suprema de Justicia de la Nación (2012), en base a los expedientes judiciales, correspondientes a 184 causas y 190 víctimas, destaca que se produce una concentración de los homicidios en las principales villas de emergencia (villa 21-24 y Núcleo Habitacional Transitorio Zavaleta, villa 1-11-14, villa 15 y villa 31-31 Bis). El 27% de las víctimas en toda la CABA tienen entre 18 y 25 años; y el 36% de ellas corresponde a las villas de emergencia. Se destacan allí las situaciones de violencia interpersonal entre grupos de jóvenes, en su mayoría en la “calle”, y con armas de fuego y blancas. Los principales motivos de las muertes en toda la CABA son agrupadas en una sola categoría que agrupa a: “Riña”, “Ajuste de cuentas” y “Venganza”, la que representa un 39%. Sólo el 15% corresponde exclusivamente a robos. Cuando dicho estudio realiza un análisis georeferenciado, encuentra que el 73% de las muertes corresponden a la zona sur de la CABA (Comunas 1, 4, 7, 8 y 9). En cuanto a los motivos de muerte homicida en las villas de emergencia de dicha ciudad, se destacan los vinculados a “Riña”, “Ajustes de cuentas” y “Venganzas”, con un 59%; en contraste con el 39% del mismo motivo para el total de la CABA.¹

¹Es importante destacar que, incluso los homicidios en porcentaje está sobrepresentados en las villas de emergencia, ya que éstas tienen aproximadamente el 10% de población de la CABA y el 59% de los homicidios.

Muchos estudios en Argentina han señalado que en las últimas décadas las condiciones de existencia y socialización de la sociedad argentina han dejado de regirse en su *horizonte cultural* por un *modelo de integración social basado en la movilidad social ascendente* (Chaves, 2010). Se habría producido una *socialización en espacios homogéneos que refuerza o conduce al aislamiento social*,. La caída de los valores de la familia, el trabajo y la educación como principales organizadores de la socialización, en conjunto con un proceso de segregación urbana, promoverían un proceso de exclusión social territorial, una *fragmentación social* y una *vulnerabilidad social* (Braslasky, 1985; Chaves, 2010; Miguez e Islas, 2010; Müller et al, 2012).

Al analizar las violencias de los jóvenes, Pegoraro (2002:306) destaca que existen dos enfoques para explicar las “conductas desviadas de los jóvenes”. Por un lado “un enfoque estructural” que coloca a la violencia como consecuencia de las carencias materiales y la exclusión social. Por otro, un “enfoque cultural”, el que alude a la dificultad de los individuos de incorporar los valores sociales; frente a una “ausencia de una moral social respetuosa de la ley”. En las perspectivas sociológicas de la mayoría de la literatura existente, se piensa a los jóvenes en términos negativos. Ello ocurre, con respecto a una definición tradicional de los espacios de sociabilidad que transitan y los procesos sociales, tales como “fragmentación” y “vulnerabilidad” sociales como algo exterior a los actores; más que preguntarse por el modo singular de operar

de esta socialización y por las condiciones de subjetivación efectiva. El “enfoque cultural” que intervendría en la socialización, pone el énfasis en la noción de un “código cultural”, en tanto un conjunto de valores y pensamientos homogéneos, que trasciende a la acción misma de los actores sociales; y al cuál la acción debería acomodarse o rendir cuentas. Planteadas las cosas de este modo, no alcanza con preguntarse por los efectos de la estructura de clase social y por condiciones culturales homogéneas que determinarían la socialización de los jóvenes. Se hace necesario un tercer enfoque que ponga atención en la acción de los jóvenes y sus allegados en tanto actores sociales singulares.

Es posible incorporar aquí tres tipos de perspectivas: sociológicas; antropológicas; y de los procesos psíquicos y de subjetivación. Desde una perspectiva sociológica, es necesario pensar los desplazamientos y circulación de los jóvenes por las distintas geografías y el modo de transitar los espacios de sociabilidad (Segura, 2012). También es importante allí, caracterizar los lazos sociales de los jóvenes de barrios marginalizados; en un contexto donde la violencia, el delito y la ilegalidad serían la expresión de un descontento juvenil, según la percepción de injusticias cotidianas (Rodríguez, 2012). Existirían procesos de luchas por el reconocimiento identitario juvenil, frente a una “fragmentación” de los lazos sociales de los jóvenes con sus vecinos y con sus mismos pares, y a una “degradación de las pautas socioculturales compartidas” (Miguez e Islas, 2010). Frente a la humillación, la

exclusión y la falta de opciones sociales que puedan configurar una identidad valorada, los jóvenes pueden accionar una “demanda de respeto”, frente a sus mismos pares y sus vecinos, mediante el ejercicio de la violencia. Esta demanda puede concebirse como una capacidad intersubjetiva de reconocimineto mutuo con otros jóvenes o contrariamente una “demanda pura” de un sujeto que se impone unilateralmente por la fuerza sobre otro, estableciendo una desigualdad jerárquica (Zubillaga, 2007, siguiendo a Honneth, 1997). La disputa de un territorio entre diferentes grupos de jóvenes, mediante la violencia y la muerte, puede entenderse como una materialización de la construcción de un sentido de otredad, en un contexto de relativa homogeneidad de subculturas juveniles (Riaño Alcalá, 2002). Se trata de la restricción de territorios practicadas por grupos juveniles, en una oposición identitaria entre un “nosotros” y “ellos”; en la cual se produce una segmentación de la sociabilidad juvenil entre “respeto” y “antirespeto” (Zubillaga, 2007).

Siguiendo las perspectivas de la antropología de las moralidades (Garriga Zucal y Noel, 2010), la muerte como resultado de una disputa social entre grupos juveniles, pone en cuestión el pensamiento de los actores involucrados en dicha situación específica. La violencia y la muerte, en dicha situación, instituye una ruptura en los modos de concebir al mundo social, a los otros y a la propia persona. Es por ello, que surge una necesidad de reconocimiento social de los actores acerca de quién era el muerto. Ello ocurre en una tensión entre la mirada comunitaria que juzga los comportamientos juveniles con

valores y pensamientos sociales, y la mirada que adoptan los propios actores allegados al muerto. La violencia se constituye en una *interpelación moral*; definida como “condena moral” de una otredad, y sobre sí mismo; practicándose una “censura social” basada en apreciaciones morales negativas. Asimismo, en lugar de la noción de “código cultural”, es necesario visibilizar la existencia de una heterogeneidad de valores que se encuentran en tensión y disputa por el sentido de dicha acción (Balbi, 2007). Pero, también, se trata de *mecanismos de distribución de recursos* que realiza el actor; los que entran en disputa sobre quiénes deben ser los destinatarios: “¿qué distribuimos?, ¿a quiénes?”, “¿cómo interfieren las categorías morales?” (Noel, 2013).

Una tercer perspectiva, psíquica y de subjetivación, reúne un conjunto de campos de estudios para vincular la reconstrucción de biografías con: los espacios de sociabilidad transitados, el dolor que provocan las muertes y los procesos de vulnerabilidades que ello desencadena en los actores cercanos a las muertes (Butler, 2006). Ello comprende un proceso de *desintegración del yo*, el que inaugura procesos de transmisión psíquica en el acontecer biográfico de los jóvenes; y los que nos remiten a las posibilidades de una “inscripción psíquica” e “histórica” de la violencia y la muerte (Butler, 2006; Villa, 2012).

¿Cómo analizar la experiencia que enfrentan los actores allegados al joven muerto en estas situaciones?

Para la sociología de la individuación de François Dubet (2008), la experiencia social parte de la acción del actor y no de un análisis de la estructura social. Es la posibilidad del actor de resolver cognitivamente la *paradoja de la doble afirmación del influjo de lo social y de la autonomía del actor*. Se trata de dar cuenta de los modos en que el actor puede “metabolizar lo social y producirlo”, mediante una multiplicidad de “lógicas de la acción”; las cuáles serían coordinadas por la acción de aquél.

Pero, más que dar privilegio a la acción racional y la actividad cognitiva del actor, se necesita poner el foco en la experiencia concebida como un acto social de *dar sentido a la experiencia de vivir juntos*. Ello supone “objetivos afectivos, identitarios y simbólicos, a través de los cuáles nos constituimos como un sí mismo y organizamos nuestra vida colectiva”. Este “dar sentido” está vinculado a diferentes *contextos de experiencia* en los cuáles los actores elaboran múltiples categorías que coexisten y no necesariamente están coordinadas y, que a su vez los conectan con otros actores (Cefai, 2011).

Desde una perspectiva histórica, Joan Scott (1992) realiza una crítica a la idea de una experiencia concebida como una “influencia externa” a un individuo considerado preexistente. Se problematiza la relación entre la percepción de los cuerpos mediante los sentidos y la producción de conocimiento; los procesos en que las concepciones e identidades de los sujetos se producen, atendiendo a la “posición de sujeto” en la relación entre discurso, cognición y

realidad; así como a la experiencia entendida como sustitución y disputa de interpretaciones.

El problema del presente estudio puede plantearse del siguiente modo. Al referirse a la reconstrucciones biográficas de los muertos por parte sus familiares: ¿qué dimensiones de la percepción y los cuerpos ponen en acción los familiares ante la muerte de un joven?. Al evaluar las circunstancias sociales de la muerte y emitir juicios, ¿qué dimensiones de la realidad, los pensamientos y las moralidades son considerados?. En lo que respecta, a la relación de las muertes y su vinculación con la biografía de jóvenes amigos: ¿Cómo caracterizan los jóvenes las muertes de sus amigos?, ¿Qué sociabilidades compartían los jóvenes con los muertos y en qué momento histórico de sus biografías?, ¿Qué experiencias de dolor y procesos de vulnerabilidades generan las muertes en los jóvenes amigos?, ¿qué relación tienen las mismas con las sociabilidades juveniles y el ejercicio de la violencia?, ¿Cuáles son las principales vinculaciones entre las muertes y los acontecimientos biográficos de los jóvenes amigos?

La utilidad epidemiológica de profundizar en estos interrogantes, está constituida por la posibilidad de diseñar intervenciones comunitarias en las sociabilidades de jóvenes y familias, a partir de la caracterización de las

situaciones de violencia interpersonal y muertes a nivel barrial en las poblaciones de estudio².

Materiales y Método

Se realizó un estudio de casos estudiados en profundidad, de tipo exploratorio y descriptivo, de carácter inductivo; utilizando técnicas de construcción y análisis cualitativo de datos (Sautú, 2003). Las mismas permiten una “comprensión” del sentido de la acción social, en el contexto de la experiencia personal y desde la perspectiva de los sujetos (Vasilachis de Gialdino, 2007).

Se eligieron dos sujetos de estudio, en poblaciones marginalizadas de Villas de Emergencia de la zona sur de la CABA:

- a) Familiares de jóvenes muertos entre 15 y 25 años, en situación de violencia interpersonal entre pares, para la reconstrucción de la vida de éstos últimos.
- b) Jóvenes amigos, entre 15 y 25 años, de otros jóvenes muertos en situación de violencia interpersonal entre pares, para la reconstrucción de la vida de los primeros.

Se aplicaron perspectivas del método biográfico y reconstrucción de relatos de vida, ya utilizados en otros estudios previos (Di Leo y Camarotti, 2013; Leclerc Olive, 2009; Villa, 2013). El proceso metodológico implementado comprendió:

² Se adjuntan en Anexo documentos de propuestas de intervención en curso en una población específica, surgidas de este estudio.

- a) La aplicación de 4-6 entrevistas semiestructuradas. Las mismas incluyeron como tópicos: una caracterización específica de las situación de la muerte del joven; una descripción de los principales espacios de sociabilidad transitados; y una selección de los principales acontecimientos del joven biografiado, los que marcaron “un antes” y “un después” en su vida; así como lo que desencadenó cada uno de aquéllos.
- b) La desgrabación de las entrevistas y la entrega progresiva a los sujetos estudiados de una copia de este material para su lectura y realización de observaciones y comentarios.
- c) El ordenamiento de los acontecimientos biográficos por parte de los mismos sujetos de estudio, según sus propios criterios de importancia, a lo largo del proceso de toma de entrevistas, en el tiempo.
- d) La confección de un relato de vida, compuesto por una presentación del joven biografiado (el joven muerto o el amigo del joven muerto) y un listado de los acontecimientos biográficos según el orden de importancia establecido por los propios sujetos. Ello incluye el contenido de lo que desencadenó cada uno de dichos acontecimientos en la biografía.

El grupo de estudio quedó conformado por la selección de 6 familias de jóvenes muertos, y 8 jóvenes amigos de otros jóvenes muertos.

Se realizó el trabajo de campo para acceder a los casos en dos villas de emergencia de la zona sur de la CABA, a partir de la inserción de muchos años en el primer nivel de atención de la salud, del investigador responsable de este proyecto.³ La selección y el trabajo con la población de estudio fue realizada entre julio de 2014 y julio de 2016.

Para el acceso territorial a los sujetos se utilizaron múltiples vías de acercamiento: referentes comunitarios (principalmente de comedores comunitarios); por relaciones con instituciones que trabajan con población juvenil en los barrios; familiares de jóvenes muertos, a través de personas conocidas por su atención en el servicio de salud donde se desempeña el investigador responsable del proyecto; jóvenes que tienen relación con este servicio y este profesional mencionados.

El diseño de estudio y un consentimiento informado que se elaboró para la participación de los sujetos fueron sometidos a la evaluación de autoridades del Ministerio de Salud del GCABA.⁴

Para la toma de las entrevistas semiestructuradas, se elaboró una guía para cada población de estudio.

³ Se trata del Programa de Juventud e Inclusión Educativa del CeSAC N°8/Área Programática del Hospital J. M. Penna/Ministerio de Salud/GCBA, el cual desarrolla actividades comunitarias y asistenciales con jóvenes y sus familias.

⁴ El proyecto fue evaluado y aprobado en dos niveles: los Comités de Ética y de Docencia e Investigación del Hospital J. M. Penna, y las autoridades del Consejo de Investigación en Salud, del Ministerio de Salud del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La recolección de los información fué grabada audiofónicamente, previo consentimiento informado de los participantes.

Para el análisis de los datos, las entrevistas fueron desgrabadas, y se elaboró un sistema de codificación cualitativa para el ingreso de la información de cada uno de los sujetos de estudio. Se procedió al ingreso de la información primaria y de los códigos al software Atlas Ti. A continuación, se realizó el trabajo de codificación del material primario. Finalmente, se procedió al análisis por código y a la comparación de los mismos entre sí; identificando las principales categorías emergentes.

Resultados

Según estadísticas vitales disponibles, la cantidad de muertes en la CABA de la población entre 15 y 24 años, por causas violentas, y en particular debido a homicidios, presentan una tendencia decreciente entre los años 2006 y 2013. El 71 % de las víctimas de muertes por causas externas son varones. Los varones mueren dos veces y media más que las mujeres, por estas causas. Para el año 2012, más de un tercio de los homicidios de la CABA (35, 5%) corresponde a víctimas menos de 25 años. (Corte Suprema de Justicia de la Nación, 2012). No obstante ello, al georeferenciar la población de jóvenes por comuna y por Villa de Emergencia y su relación con los homicidios de esta

población, se destacan los siguientes hechos: a) En las comunas 1 (Villa 31 y 31 bis), 4 (Villa 21-24 y NHT Zavaleta), 7 (Villa 1-11-14) y 8 (Villa 15), la población de jóvenes de las villas es en proporción un poco menos que el doble que la misma población en el total de las comunas. Por lo cual, en estos barrios existe una importante población juvenil comparada con el resto de la CABA; b) Las comunas 4 y 8, donde se encuentran las Villas 21-24-NHT Zavaleta y 15, respectivamente, concentran el 55,6 % del total de homicidios de la CABA, para el período 2006-2013. La Comuna 4 es la que presenta la mayor proporción de homicidios en barrios de emergencia; c) Para 2012, las tasas de homicidios en las comunas 4, 7 y 8, duplican la de la CABA; d) Las armas de fuego están presentes en el 56% de los homicidios, cifra que duplica al uso de armas blancas (28%). En la Comuna 4, 7 de cada 10 homicidios se realizan con armas de fuego; e) Los varones son los principales afectados como víctimas de homicidio (87% de los casos) pero además, son responsables de los mismos en un 80% de los casos⁵.

Del análisis comparativo de las biografías reconstruidas, se destacan tres importantes *contextos de experiencia* (Cefai, 2011); tanto para los familiares, como para los amigos de los jóvenes muertos. Estos contextos se articulan entre sí; y, además las categorías emergentes aportadas por los jóvenes como por los familiares, pueden ser comunes o diferenciarse.

⁵ Para un mayor detalle de esta caracterización sociodemográfica ver informe de Bruno, 2015, confeccionado para este proyecto, que se adjunta en el anexo

Establecimiento de motivos de la muerte del joven. Sociabilidades juveniles, restricción y reordenamiento de relaciones sociales en la circulación barrial

El primer trabajo que se les impone a los actores es el establecimiento de circunstancias de la muerte del joven. La mayoría de las muertes ocurren en el mismo sector barrial y red de sociabilidades del joven y su familia. En dicho contexto, se hace muy dificultoso evitar el contacto entre los allegados de uno y otro lado. Las principales circunstancias identificadas, a partir de los relatos de ambas poblaciones de estudio son: 1- Enfrentamientos entre grupos de jóvenes de diferentes sectores del mismo barrio o entre grupos de diferentes barrios, en el que se buscan sustraer bienes materiales, producto de los robos; y que también pueden incluir la disputa por relaciones amorosas con mujeres; 2- Los enfrentamientos entre grupos, pueden incluir venganzas a víctimas que no forman parte activa de un grupo de sector, sino que pueden tener una adscripción relativa vinculada a la circulación y contacto con un grupo constituido; 3-La muerte es resultado de una venganza por robar en el barrio a otros jóvenes o a vecinos. Es lo que los jóvenes denominan *rastrear*. Puede tratarse de grupos o de jóvenes que están solos. En la mayoría de los casos, ello está relacionado a obtener recursos para la compra de droga. 4- Los robos violentos entre jóvenes en forma individual, que puede incluir a dos agresores, que terminan en una muerte. Puede tratarse de situaciones dentro o fuera del barrio; 5- Situaciones de muertes que están vinculadas tráfico drogas. Se destacan dos situaciones: un “ajuste de cuentas” de un narcotraficante, el

denominado *tranza*, a otro joven que le debía plata. O, cuando los jóvenes mueren por una venganza por haber robado a un cliente de algún *tranza*.

Al caracterizar las muertes, los familiares y los jóvenes amigos buscan explicar los motivos que habrían ocasionado las mismas y describen una trayectoria previa de relaciones sociales de los jóvenes en que las muertes se inscriben. En las trayectorias sociales juveniles de los muertos descriptas, es importante destacar que en todos los casos, los jóvenes tenían una relación previa con el agresor, de diferentes conflictos y enfrentamientos entre jóvenes, que van escalando en las acusaciones, en el tiempo, en encuentros en espacios de sociabilidad comunes, como los bailes o en las calles del mismo barrio, donde los grupos previamente ejercen insultos y se amenazan entre sí. En muchos casos los agresores y los muertos eran amigos, ya sea porque crecieron juntos en el barrio o porque compartían actividades delictivas. Incluso en algunos casos, la familia del muerto también tenía relaciones previas con el agresor y su familia; la mayoría de las veces, de tipo conflictivo.

Al analizar las sociabilidades juveniles compartidas por los jóvenes con sus amigos muertos, vinculadas al ejercicio de la violencia, destacamos el siguiente proceso y categorías. Al finalizar la escuela primaria e iniciar la secundaria, los jóvenes podrían establecerse en las esquinas, con el consumo de marihuana y luego otras drogas. Allí, el robo surge bajo dos condiciones fundamentales: 1- *Obtener plata fácil*. Esta categoría alude a la obtención de recursos destinados a los consumos culturales juveniles (indumentaria, objetos electrónicos, y

droga); 2- El *joven ganado*. Alude al joven que roba a gran escala, siempre tiene éxito en sus actividades y hace ostentación de objetos valiosos frente al medio social, particularmente frente otros jóvenes. Es una valoración y atracción que ejerce la figura del ladrón, en términos de prestigio identitario, respeto y reconocimiento social de los jóvenes entre sí (Cozzi, 2014). Pero estas categorías, pierden legitimidad progresiva para garantizar la homogeneidad del grupo de pares; en términos materiales y simbólicos. Se identifican cinco razones fundamentales, que cuestionan la *cultura del pibe chorro*, el delito como *traducción en acciones de creencias culturales y estrategias de reproducción presentes en el entorno y las condiciones de reproducción de la misma* (Tonconoff, 2012): 1- Las rivalidades, enfrentamientos y robos entre grupos de jóvenes de diferentes sectores, comporta un proceso de competencia y prestigio cultural que acentúa los intereses individuales; el que cuestiona la grupalidad. La categoría emergente que alude a lo que está en disputa es *¿Quién es más guapo?*. La misma alude al poder de un grupo sobre otro, o al de un joven que se quiere constituir en líder; basado en una relación de desigualdad que impone poder mediante la violencia. La frase recurrente, del análisis que realizan algunos jóvenes estudiados, es *“Todos quieren ser líderes, sentirse más que los demás. Ese es el problema, todos quieren ser un grupo”*. Así, la dimensión cultural que acentúa el proceso de individuación crea una “fisión” con el proceso de socialización en grupo (Araujo & Martuccelli, 2010:80). En la sociabilidad juvenil, el consumo e intereses individuales entran en colisión con la noción de

amistad vinculada a la lealtad y el compañerismo; 2- La acentuación de los robos de los jóvenes en forma individual o grupal en el mismo barrio es distinguida, de los cometidos fuera del barrio. La figura del *rastrero*, quien roba en el mismo barrio, adquiere progresivamente una moralización negativa que le quita legitimidad frente a los pares y a los vecinos. Ello pondría una mirada juvenil en el interés colectivo de estos últimos; 3- La disputa territorial del negocio de la droga en el barrio entra en colisión o en intercambios directos e indirectos con los grupos de jóvenes que roban en cada sector y se enfrentan con otros grupos. Esto contribuiría también a la pérdida de una especificidad grupal de esta última sociabilidad; 4- Se pueden producir disoluciones y reagrupamientos en los grupos, debido a la gran cantidad de jóvenes muertos y encarcelados; 5- Tras las muertes, identificamos, también, una tensión entre la adscripción territorial de los jóvenes estudiados a un grupo en sus sectores, y la circulación de los mismos por los diferentes sectores del mismo barrio. Por un lado, nos encontramos con jóvenes que tienden a valorizar su adscripción grupal a un sector, en contraste con otros, que cuestionan relativamente su adscripción sectorial, al circular por otros sectores.

Los pensamientos y las categorías morales para explicar la muerte y la violencia interpersonal entre jóvenes

Aquí destacamos cinco *repertorios culturales*, en tanto una *estantería de categorías*, disponibles socialmente (Noel, 2013); que son utilizados por los familiares y los amigos para construir una reputación del muerto y de sus

familias (Bermudez, 2011); y para analizar los eventos que condujeron a la muerte: 1- Una trayectoria social que anticipa la muerte. Alude a un conjunto de valores que conforman un pensamiento social, que muchas veces aparece formulado explícitamente, y otras está supuesto en las valoraciones, *Vos sabés que si robás o estás involucrado en el tráfico de drogas, podés terminar muerto. Vos sabés que te pueden matar.* En el contexto de las sociabilidades y esta trayectoria social anticipada de los jóvenes muertos, todos piensan previamente en la posibilidad de la muerte, los familiares y los propios jóvenes. 2- El debate sobre la “amistad” entre jóvenes. El cuestionamiento apunta al interés material del consumo de bienes materiales como causa exclusiva de la “amistades” y los conflictos juveniles; bajo tres categorías vinculadas entre sí: *sólo sos amigo si tenés algo*, se refiere fundamentalmente a la disponibilidad de droga y alcohol, para compartir en la sociabilidad; *tener muchos berretines*, se refiere a no darse de menos frente a los otros, comparándose y estableciendo una relación jerárquica con otros, fundamentalmente a través de bienes de consumo; *dejarlo tirado* o *dejarlo morir*, alude a la no asistencia de un joven frente a una situación de violencia, vinculada al delito o enfrentamiento entre jóvenes. 3- *Las madres que descuidan a sus hijos, las que luchan y las que no pueden.* Esta categoría se destaca en los familiares y alude una tensión en los valores que colocan las madres sobre sí y el medio social sobre ellas, entre la figura de la madre cuestionada moralmente porque *no puede cuidar a sus hijos*, y la de aquella madre que *lucha por sus hijos*, pero que se enfrenta a las dificultades y la imposibilidad de intervenir sobre la

socialización juvenil extradoméstica; es la *madre que no puede o no está preparada*. 4- Los modos de hacer justicia a la muerte. Se destaca la figura de la venganza, mediante el deseo de la muerte del agresor. Ello se expresa fundamentalmente en verbalizaciones o pensamientos entre los mismos allegados, y en algunas ocasiones en intercambios de insultos y amenazas entre las familias de uno y otro lado. Algo similar ocurre entre los grupos de jóvenes enfrentados tras una muerte. En el caso de los familiares, se trata de un fundamento moral, anclado en la capacidad de los mismos de sentirse habilitados moralmente para actuar frente a los juicios comunitarios. En segundo lugar, se trata de un fundamento político. Allí, el poder de la violencia de los grupos de jóvenes y sus familias, y también del narcotráfico a nivel barrial, limitaría las acciones de justicia. Puede tratarse del temor a las represalias; pero también, puede revelar posibles afinidades y compromisos o intercambios sociales de los actores con estos poderes. En la mayoría de los casos existe una percepción de lejanía de la justicia del Estado; lo que reforzaría la situación de vulnerabilidad social y corporal de los actores allegados al joven muerto.

La experiencia del dolor y el proceso de desintegración del yo

Los actores necesitan reexaminarse a sí mismos y a sus vínculos sociales pasados y actuales. Ello constituye lo que Butler (2009) denomina el trabajo de *dar cuenta de sí mismo* frente a la desposesión que efectúa la violencia y la muerte. Allí el yo del actor es “interpelado” por los otros y se crea una demanda

de “interlocución” con ellos. Esta experiencia se inaugura con la génesis singular de un *sujeto deliberante*; el cual posee dos dimensiones básicas. Por un lado, el actor necesita establecer una nueva relación de su yo con sus propias relaciones sociales constitutivas; y por otro, se ve impelido a indagar en la relación de su responsabilidad ética con las normas sociales. Este proceso escinde al yo en dos partes que interactúan permanentemente. Una parte, constituida por un yo *inconciente*, resultado de *lo inesperado de la muerte* y de los “no saberes” que ello inaugura en cuanto a la sujeción y desposesión que efectúa el otro con la violencia. Otra parte, hace referencia a un yo *reflexivo*, que procura dar cuenta concientemente, de los vínculos con ese otro y de las relaciones sociales más amplias de la comunidad. En los familiares, este proceso de duelo comprende tres dimensiones, desde las cuáles se puede hacer posible reconstruir la memoria del muerto: 1- El trabajo de inscripción de los recuerdos del muerto en acontecimientos biográficos de su vida. 2- La presencia de la muerte como presentida e imaginada. Se trata de un conjunto de imágenes que se presentifican en la vida cotidiana o en sueños, que posibilitan en los sentidos, reconstruir la vida del muerto. 3- La demanda moral del muerto y la culpa de sí. Se trata de una deliberación subjetiva; en la cual las voces de los muertos retornan una y otra vez y establecen una interlocución con sus familiares. Ello ocurre entre dos polos de una tensión en el yo de los familiares. En un extremo, el yo se repliega en un proceso melancólico, preso de una culpa extrema por la pérdida que lo sume en una depresión profunda; lo que incluye, a menudo, intentos de suicidio. Allí, la demanda moral del muerto

sustraer a los familiares de toda capacidad deliberativa sobre sus vínculos con él (Butler, 2006). En el otro extremo, el yo puede situar los vínculos con el muerto, y también colocar a éstos en las condiciones familiares y sociales más amplias.

La experiencia del dolor de los jóvenes estudiados que compartieron sociabilidades violentas con los muertos, puede adquirir distintas formas. Puede ser parte de una experiencia personal, y al mismo tiempo vincularse con las sociabilidades de las que participan los jóvenes. El primer hecho que se destaca en todos los casos, es el “compartir” el dolor por la pérdida, en el grupo de referencia. Se reúnen y comparten “los buenos recuerdos” vividos con los muertos; los que acentuarían la vulnerabilidad física y social de cada joven, a ser objeto de violencia y muerte. Este inicio de la experiencia de dolor, comprende un apaciguamiento transitorio de la violencia y la comisión de delitos. La categoría emergente que vincula dicho dolor con la sociabilidad del compartir con el muerto el ejercicio de violencia y la comisión de delitos, es denominada *cajetear*. Ella alude a tener miedo y sentirse vulnerable, ante la posibilidad de ser actor de un hecho violento, y en particular de agarrar un arma de fuego. Luego del *cajeteo*, el dolor puede tomar dos direcciones. En primer lugar, se trata del “resentimiento”; el que reinicia las acciones violentas de los jóvenes. Éste puede adquirir dos modalidades complementarias. Por un lado, como violencia contenida ante el miedo y como resguardo ante la posible represalia de los agresores, si el joven reacciona violentamente a la muerte

de su amigo. Por otro lado, el resentimiento personal se traslada a otros jóvenes del grupo y se potencia en las interacciones entre ellos; convirtiéndose en una respuesta de acción violenta ante los posibles involucrados y grupos vinculados a la muerte. La categoría emergente que adquiere sentido aquí es *juntar broncas*. Ello aludiría a un conjunto de situaciones de injusticia e impotencia en la experiencia biográfica de los jóvenes, que convergirían en el momento de las muertes. Se trata, fundamentalmente, de las competencias y rivalidades entre jóvenes y el cuestionamiento de los que se consideraba amigos; las experiencias de violencia y desamparo en la propia socialización familiar; las situaciones de violencia protagonizadas con las fuerzas de seguridad; y la discriminación social para acceder al trabajo.

En una segunda dirección, el dolor, a partir del *cajeteo*, puede transformar la vulnerabilidad, en acciones de cuidado, en reflexiones o en una crítica social. Los jóvenes pueden expresar sentimientos e incluso acciones de “ayudar a otros jóvenes” que están en la calle en situaciones de consumo de drogas y ejercicio de violencia. Se trata de la necesidad de expresarles afectos, porque sienten que dichos jóvenes pueden morir en cualquier momento. La categoría emergente que surge en forma concomitante al dolor y el sentimiento de impotencia es *no haber podido ayudar al amigo muerto*. También, la experiencia del dolor es vinculada a recuerdos que recorren la trayectoria de vida del joven muerto; y allí aparece la categoría emergente *no haber tenido la oportunidad de cambiar*. Esta categoría se encontraría a mitad de camino entre una moralización y una crítica social de las muertes de los jóvenes. Por

un lado, se clasifica a los jóvenes que murieron como los más “buenos” entre otros del grupo de pares, a los que se califica como “falsos” o “malditos”, denotando diferentes jerarquías frente a la muerte. Pero también, se destaca que los jóvenes muertos tenían un deseo personal de cambiar, pero que no tuvieron las circunstancias y las opciones sociales para ello.

Cuando, los jóvenes accionan la reflexión, ello puede devenir en una tensión entre dos categorías cognitivas que procuran actualizarse en la acción del actor. Por un lado, se trata de una racionalización que naturaliza la muerte, *acostumbrarse a las muertes*. Por otro lado, preguntarse por el sentido de la propia vida del joven, a partir de la del muerto, y por la inclusión en las sociabilidades en las que se ejerce violencia y delito, *ellos desperdiciaron la vida y pensar lo que querés para tu vida, cuidarse de robar*. En la primer categoría, la experiencia personal del dolor se disocia de la realidad cotidiana de la violencia y las muertes, y ello supondría una normalización o naturalización de las mismas. En la segunda categoría, el actor busca diferenciarse y reflexionar a partir del impacto corporal del dolor e implementar acciones de cuidado. Esta reflexión puede incluir el establecimiento de una diferenciación de la práctica del robo que ejercen los jóvenes. Por un lado, cuando se la ejerce como un destino, es la “ley del ladrón”, que va a seguir robando. Y por otro, es un joven que practica el robo pero que quiere “cambiar” y distanciarse de esta opción, realizando otras prácticas.

Finalmente, la profundización de la desconfianza entre jóvenes, ya existente, puede convertirlos en “otros amenazantes” en las sociabilidades juveniles,

luego de las muertes. Ello puede devenir en distintas formas de cuidado. Cobran relevancia las categorías emergentes de *pensar a quién tenés al lado tuyo* y los *jóvenes falsos y traidores*. Los jóvenes, también, prestan atención a cómo hablan y tratan a otros en el barrio en su circulación; agudizándose la percepción de la propia vulnerabilidad: es *tener miedo a ser robado y violentado* por los otros, *ser envidiado* por los otros jóvenes; ya sea por los objetos que se posee, o por llevar o buscar una vida diferente a la de la violencia y el delito. Pero, además, los jóvenes pueden buscar distanciarse de la situaciones que generan violencia, mediante la inserción en otros espacios de sociabilidad. Se puede rehuir el contacto personal con los grupos rivales, restringiendo directamente la circulación o buscando protección en jóvenes conocidos que pertenecen a grupos rivales y que generan respeto barrial. Allí cobra importancia la visibilidad social que adquiere la categoría emergente del joven que *anda solo*.

Discusión, Conclusión y Recomendaciones:

Si se compara la articulación de los tres contextos de experiencia analizados para dar cuenta de las muertes, se destaca que el contexto de la experiencia del dolor y el proceso de desintegración del yo, es el que se torna más problemático para los familiares y los jóvenes. Para defender este argumento, es posible discutir que no es posible para los actores realizar el trabajo que imponen los contextos de de la restricción y reordenamiento de las relaciones

sociales, así como el de encontrar juicios y pensamientos que expliquen la violencia que desencadena la muerte, si aquéllos no realizan un trabajo de subjetivación que parta de un reconocimiento corporal y social del dolor, y las vulnerabilidades que este desencadena.

La literatura sociológica, antropológica y de la criminología cultural, señalada en el análisis de aquéllos dos contextos, permiten explicar el proceso de exclusión y segregación territorial, así como la disputa identitaria por el reconocimiento y de valores que encarna la violencia interpersonal y las muertes entre jóvenes. Lo que surge como un problema, que este estudio aporta en su caracterización es ¿cuáles son las condiciones de la experiencia de los actores que les pueden permitir realizar una crítica que cuestione las relaciones sociales y juicios comunitarios, que involucran y legitiman el ejercicio de la violencia y la muerte?.

Para avanzar en esta dirección se incorporan los aportes de la antropología del dolor (Das,2008), los estudios psicoanalíticos y de la biopolítica en torno a las muertes violentas (Butler, 2006 y 2009). Asimismo, la noción de *prueba social*, de la sociología de la individuación, permite analizar como los actores articulan los problemas personales con las estructuras sociales, y asimismo, caracterizar los “desafíos a que son sometidos” aquéllos; en tensión y conflicto con las determinaciones sociales de su comunidad (Martuccelli, D. y Singly, F., 2012:72).

Es posible sostener que los familiares, al reconstruir la vida de los jóvenes de los jóvenes muertos, deberían resolver el desafío, la prueba social, de construir una reputación del joven y de la propia familia con relaciones, conflictos y pensamientos sociales que procuran eliminar a los jóvenes de la comunidad. Y, al mismo tiempo, tendrían que recuperar en su experiencia personal de dolor y desintegración del yo, la memoria del mismo; en un orden social que excluye estas muertes. Habría allí una divergencia y una paradoja. Los familiares deben dar cuenta de su experiencia personal acerca de las relaciones sociales del muerto. Pero, al mismo tiempo, al dar cuenta de estas relaciones, son interpelados moralmente por los juicios que comporta el ejercicio de la violencia de los jóvenes. La experiencia del dolor, puede legitimar, tanto como cuestionar la moral comunitaria que engendra la violencia y la muerte. Los actores pueden cuestionar personalmente la moral imperante, pero al no existir un reconocimiento social del dolor, tienen dificultades para realizar una crítica social y construir otra moral comunitaria que cuestione la violencia y la muerte (Das, 2008).

En la experiencia de los jóvenes estudiados, existe una tensión entre un contexto de ésta, en que las sociabilidades juveniles se someten a las lógicas de la lucha por el reconocimiento identitario, basadas en el ejercicio de la violencia y la muerte; y un contexto en que se debate la búsqueda de un lugar social disponible para subjetivar el dolor, el proceso de desintegración del yo, y las vulnerabilidades corporales y sociales. El dolor tras una muerte, hace visible

el sometimiento de los jóvenes al poder de los otros, en los vínculos familiares, y en los sociales más amplios. Esta experiencia puede devenir dos dimensiones, que pueden coexistir. Una primera dimensión, estaría constituida por una historización en la propia biografía, de la vida de los amigos. Las trayectorias personales pueden devenir trayectorias sociales a través de la memoria que recorre los grupos de socialización (Halbwachs, 2004). Los mismos actores se reconocen entre sí en una experiencia de dolor común, en sociabilidades que comparten la violencia y la muerte. Así, la recuperación de la memoria del muerto se transforma en un duelo. El mismo se inscribe en las biografías como una pregunta por la vulnerabilidad social y los vínculos que constituyen a los cuerpos de cada uno como vulnerables, en relación con el de los otros (Butler, 2006:48-49). Esto conduce a analizar ¿Qué relación tiene el dolor de cada uno con el de los otros?, ¿Cómo se enfrenta el dolor que se le ha infligido a uno? ¿Cuándo y en qué circunstancias la vida humana deja de tener valor? (Das, 2008:257). En una segunda dimensión, el dolor se convierte en resentimiento. Aquí se niega la vinculación del mismo con la vulnerabilidad corporal; respondiendo con un exacerbamiento del ejercicio de la violencia, tras una muerte. Estas dos dimensiones coexistentes, se encontrarían en una tensión entre dos polos. Por un lado, es un *transporte de rabia y dolor* que coloca al yo fuera de sí, procurando *desterrar la vulnerabilidad* que ocasiona la muerte. Surge como respuesta la búsqueda de seguridad del cuerpo, con la posibilidad de eliminar a otros frente a la *vivencia de un sentimiento de*

inseguridad (Butler, 2006:56). Por otro, la desintegración del yo es un efecto de la experiencia de los sentidos y de la memoria del contacto con el muerto. Es la posibilidad del yo del actor de soportar en la narración biográfica la paradoja de ser constituido por los vínculos sociales del muerto, y al mismo tiempo ser desposeído de la vida de ese joven, por esas mismas relaciones sociales. Ello supone la posibilidad de situar el dolor y la *vulnerabilidad física* en relación al contexto social, los juicios morales y las sociabilidades que constituyen a los actores como vulnerables.

Si vinculamos los procesos que desencadena esta experiencia del dolor con el proceso de lucha por el reconocimiento identitario juvenil basado en una demanda de igualdad mutua entre jóvenes, es necesario profundizar en dos problemas. En primer lugar, la lógica del reconocimiento basada en la igualdad, al apoyarse en el reclamo de una amistad y una “lealtad” entre jóvenes, que nunca parecen hacerse presentes, conduciría a dos opciones, las que comparten el resentimiento. O es un “ideal o paraíso perdido”, por el cual los jóvenes podrían lamentarse en una experiencia melancólica que acumula resentimiento; o, esta amistad, que es un reclamo de igualdad, se transforma en un ejercicio de violencia, al no encontrar el respeto mutuo demandado. En segundo lugar, el problema es qué posibilidades de reconocimiento puede tener el dolor para los jóvenes fuera de la figura del resentimiento, cuando las lógicas del reconocimiento identitario se basan y naturalizan el ejercicio de la violencia en la vida cotidiana de las sociabilidades juveniles. En un extremo el

dolor quedaría en el ámbito de lo privado de un “actor resentido”. En el otro extremo, sería necesario dar lugar al dolor común entre iguales, para que la lógica del reconocimiento basada en la igualdad pueda efectivizarse y, que la crítica que realizan los actores al consumo que media las “amistades”, tenga posibilidades de trasladarse a las prácticas juveniles. Finalmente, es posible argumentar que la posibilidad de los actores de distinguir y separar las lógicas de la lucha por el reconocimiento identitario basado en la violencia y la muerte, del reconocimiento social del dolor, está vinculada a diferentes posiciones en la biografía que podrían adoptar los jóvenes frente a la sociabilidades en las que compartieron el ejercicio de la violencia, y al acontecimiento mismo de cada muerte de un amigo.

En primer lugar, existen jóvenes en que la muerte de sus amigos se destaca como uno de los principales acontecimientos biográficos que cambiaron su vida. Allí, el dolor que provocan las muertes de los amigos se vincula con otros acontecimientos biográficos. Estos acontecimientos están relacionados a muertes de familiares y a procesos de ingreso y salida de las sociabilidades en las que se ejercen violencias. Allí, el dolor de las muertes y la necesidad de cambio para distanciarse de la violencia y el delito podrían efectivizarse. También existen jóvenes cercanos a los muertos, que sin estar incluidos en dichas sociabilidades, relacionan la experiencia de la muerte con otros acontecimientos de pérdidas de seres queridos y experiencias de cuidado de otros. Las experiencias de dolor podrían hacer posible una autonomía de los

jóvenes para subjetivarse.

En segundo lugar, se destacan jóvenes que no eligieron las muertes de sus amigos como acontecimientos biográficos que cambiaron sus vidas. Los acontecimientos elegidos, están vinculados directamente a las sociabilidades y el ejercicio de la violencia que compartían con los muertos y, a otros que buscan distanciarse de dichas sociabilidades. Aquí se observa una autonomía relativa, en proceso, con respecto a las posibilidades de cambios.

Finalmente, algunos jóvenes, no eligen las muertes de su amigos como acontecimientos; sino situaciones en las que ellos mismos fueron heridos y encarcelados; y en las que ellos reflexionan acerca del sufrimiento que les provocarían a sus madres y familias. En estos acontecimientos, la experiencia corporal de ser objeto de violencia es vinculada a otros acontecimientos, en los que ingresaron en las sociabilidades para ejercer violencia, y también a otros que le posibilitaron salir de allí. En este último caso, se trata del reingreso en la escuela, el trabajo, la formación de una familia o el comienzo de la militancia política. Aquí, también, la experiencia del dolor en el propio cuerpo aparece como posibilitadora de autonomía del joven y cambio de sociabilidades.

.Bibliografía

Araujo, K. & Martuccelli, D. (2010) "La individuación y el trabajo de los individuos". *Educação e Pesquisa*. Sao Paulo, v. 36, n.especial, p.077-091.

Balbi, F. (2007) *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.

Bermúdez, N. V. (2011) *Y los muertos no mueren...Una etnografía sobre clasificaciones, valores morales y prácticas en torno a muertes violentas (Córdoba-Argentina)*. Berlín: Académica.

Braslasky, C. (1985) *La discriminación educativa en la Argentina*. Buenos Aires: GEL-FLACSO.

Briceño León, R. (2008) "La violencia homicida en América Latina". *América Latina Hoy*, 50, pp.103-116, Ediciones Universidad de Salamanca.

Bruno, M. (2015) "Violencia y mortalidad de jóvenes de 15 a 24 años en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Informe sociodemográfico" (mimeo). Preparado para el Proyecto "*Caracterización y efectos psicosociales de las muertes de jóvenes en las poblaciones urbanas de extrema pobreza: una perspectiva biográfica en los contextos de sociabilidad juveniles*" (Dirigido por Alejandro Marcelo Villa, Consejo de Investigación en Salud/Ministerio de Salud/GCABA, con el patrocinio de la Univesidad H. A. Barceló, sede Buenos Aires).

Butler, J. (2006) *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2009) *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Cefai, D. (2011) “Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. De la experiencia al compromiso”. REVISTA DE SOCIOLOGÍA, Nº26, pp.137-166. En www.facso.uchile.cl/publicaciones/.../2607-Cefai.pdf

Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2008) “Panorama social de América Latina. Documento informativo”. Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEPAL.

Corte Suprema de Justicia de la Nación-República Argentina (2012) *Homicidios dolosos 2011. Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Buenos Aires: Corte Suprema de Justicia de la Nación, Instituto de Investigaciones.

Cozzi, E. (2014) “Los tiratiros. Usos y formas de violencia altamente lesiva entre jóvenes en la ciudad de Santa Fé”. Estudios, Nº32, julio-diciembre, 265-284.

Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio.

Das, V. (2008) *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Di Leo, P. y Camarotti, A. C. (Eds.) (2013) “*Quiero escribir mi historia*”. *Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.

Dubet, F. (2008) *El trabajo de las sociedades*. Buenos Aires. Amorrortu.

Halbwachs, M. (2004) *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas universitarias

de Zaragoza {1968}.

Garriga Zucal, J. y Noel, G. (2010) “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso”. *PUBLICAR*. Año VIII N°IX, p. 97-120.

Honneth, Axel. 1997. *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.

Leclerc-Olive. M. (2009) “Temporalidades de la experiencia: Las biografías y sus acontecimientos”. En *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. Año IV, N°8. .

Martuccelli, D. y Singly, F. (2012) *Las sociologías del individuo*. Santiago de Chile: LOM Editores

Míguez, D.e Isla, A. (2010) *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires. Paidós, Tramas sociales 63.

Muller, C.; Hoffmann, X.; Nuñez, R.; Vallejos, C.; Innamoratto, M. G.; Canavessi, J. J., Palacio, E. y Krause, M. (2012) *Inseguridad social, jóvenes vulnerables y delito urbano. Experiencia de una política y guía metodológica para la intervención*. Buenos Aires: Cátedra UNESCO sobre las manifestaciones actuales de la cuestión social/Espacio.

Noel, G. (2013) “De los códigos a los repertorios: Algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación”. [Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales vol. 03, nº. 02](#),

Pantelides, A., Govea, J., Gaudio, M. & Bruno, M. (2014) “Mortalidad adolescente por homicidio. Argentina y Provincia de Buenos Aires”. Mimeo. Trabajo preparado para el VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población; Lima, 12-15 de agosto.

Pegoraro, J. S. (2002) “Notas sobre los jóvenes portadores de violencia juvenil en el marco de las sociedades pos-industriales”. *Sociologías*, Porto Alegre, año 4, nº8, p. 276-317.

Riaño Alcalá, P. (2000) “La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín”. En *Análisis político*, IEPRI, Bogotá, pp. 23-39.

Rodriguez, Esteban (2012) “Malvivientes. Jóvenes pobres y conflictividades sociales: Mitos y realidades en torno al microdelito”. En Rodrigo, Federico. *Dossier de jóvenes y legalidad. Reconfiguraciones en el abordaje de la conflictividad penal juvenil*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación, Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios.

Sautú, R. (2003) *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires: Lumiere.

Scott, J. W. (2001) Experiencia. *La ventana*, Nº13, México, p. 42-73.

Segura, R. (2012) “Elementos para una crítica de la noción de residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata”. Quid 16 N°2 (106-32).

Spinelli, H; Alazraqui, M.; Macías, G.; Zunino, G; Nadalich, J. C. (2005) Muertes violentas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Una mirada desde el Sector Salud (Seminario VI, Serie Seminarios Salud y Política Pública). Buenos Aires: CEDES.

Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.) (2007). *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires: Gedisa.

Tonkonoff, S. (2012) “Juventud, exclusión y delito. Notas para la reconstrucción de un problema”. En Rodrigo, Federico. *Dossier de jóvenes y legalidad. Reconfiguraciones en el abordaje de la conflictividad penal juvenil*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación, Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios.

Villa, A. (2012) “La relación entre pensamiento y memoria y las condiciones de transmisión en Walter benjamín: notas para reconfiguraciones identitarias juveniles”. En Korinfeld, D. & Villa, A. (Comps.) *Juventud, memoria y transmisión: pensando junto a Walter Benjamin*. Buenos Aires: NOVEDUC, pags. 79-98.

------(2013) "Relatos biográficos y temporalidades juveniles: transmisión, subjetivación e implicancias para el campo de la salud". En Di Leo, P. y Camarotti, A. C. (Eds.), *"Quiero escribir mi historia". Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires. Biblos.

Zubillaga, Verónica (2007). "Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios de Caracas". *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*. Vol. 16, N. 3, Julio-septiembre, pp. 577-608.

Anexos: se adjuntan archivos.